

*Contextos y texto de una crónica
Libro tercero de la historia religiosa
de la Provincia de México de la Orden
de Santo Domingo de fray Hernando Ojea,
O. P.*

José Rubén Romero Galván (editor)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

238 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 6)

ISBN 978-970-32-4868-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 19 de octubre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/contextos/texto.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

del inquisidor don Alonso Fernández de Bonilla, deán de aquella santa iglesia, que después fue arzobispo de ella, a donde dio su bendita alma a Dios a los 5 de enero del año de Cristo 1590, con grande opinión de santidad; y así le dieron sepultura muy honorífica como a santo en la capilla mayor de la misma catedral, debajo del púlpito del evangelio, en una caja de madera bien aderezada; y sus pobres alhajas, que eran como de hombre muy santo, y las más los instrumentos de penitencia que dijimos, se repartieron por preciosas reliquias entre los fieles devotos y aficionados suyos. 1590

Fue natural de...⁵⁷ de buena disposición, demás que mediana estatura, blanco y colorado, todo cano y flaco, el rostro aguileño y las manos largas. Traía de ordinario una simple vestidura que le servía de túnica y sotana, y dos cuando mucho. Y aunque todo ello era pobre pero limpio y aseado. Y así lo era también una pequeña celda en que vivía, que es la del callejón que sirve de tránsito a dos pequeños claustros que hay en aquel convento. En la cual había un romano de tosca pintura cuyas figuras le debían de inquietar. Y él, que era muy honesto y recatado, las borró todas porque el demonio no tomase ocasión de ellas para turbarle; y así lo están hasta el día de hoy.

CAPÍTULO 8

DEL BENDITO Y VENERABLE PADRE FRAY JUAN DE CÓRDOBA

El bendito fray Juan de Córdoba fue natural de la ciudad de Toledo, hijo de padres nobles y nació el año de Cristo 1501. Fue soldado en su mocedad y sirvió al emperador Carlos quinto, de gloriosa memoria, en las guerras que tuvo con diversos príncipes, y particularmente en la jornada de Viena, con cargo en la milicia. Pasó después a esta Nueva España, a donde siguiendo también las armas fue alférez y se halló en la jornada y descubrimiento de Cíbola. Tocóle Dios en esta ocasión y acabada la jornada determinó dejar aquel modo de milicia y entrar en otra más trabajosa, larga y prolija, cual es la espiritual, a 1501

⁵⁷ Ágreda y Sánchez, respecto del lugar de nacimiento del canónigo Juan González, da estos datos en nota a pie de página. "Así en el original; pero sabemos por el arzobispo D. Pedro Moya de Contreras que el canónigo Juan González era natural de Frexenal (Carta al Rey, fecha 24 de Marzo de 1575). Sin embargo, el P. Mendieta, que terminaba su *Historia eclesiástica indiana* en 1596, asegura que el canónigo Juan González nació en Valencia de Monbuey. Ambos lugares son de la provincia y obispado de Badajoz, en Extremadura, y distan muy poco entre sí". Mendieta alude a este personaje en el libro IV, capítulo III. Por su parte, y siguiendo a éste, Torquemada también da cuenta de ello en el libro XV, capítulo XXVIII de su *Monarquía indiana*.

donde se pelea principalmente no con hombres de carne, ni con las armas materiales, sino con los vicios y pasiones propias, y con enemigos espirituales fortísimos e invisibles, cuales son el demonio y todo su infierno. Para esto tomó el hábito en Santo Domingo de México, a donde hizo profesión a los 13 de diciembre del año de Cristo 1543. Había estudiado siendo mozo y era hombre de buen entendimiento, con lo cual y con volver a estudiar de nuevo, aprovechó mucho en breve tiempo en el estudio de las letras. Habiéndole ordenado de sacerdote, le envió la obediencia a que deprendiera la lengua de los indios zapotecos, y él lo hizo con tanto cuidado, que de la misma manera en muy breve tiempo la supo, con tanta perfección y elegancia, como el más diestro indio y elegante de aquella nación. Y así no sólo confesaba y predicaba en ella, sino que hizo e imprimió el vocabulario y arte de ella, y otros muchos tratados y sermones en la misma lengua, que andan de mano.⁵⁸ Con lo cual y con el continuo ejercicio de administrarles los sacramentos (por haber vivido casi todo el tiempo de su frailía entre ellos y sido muchas veces su vicario en muchos y diferentes pueblos y su perpetuo defensor) salió un gran ministro del evangelio; fue grande el fruto que hizo entre ellos y de la misma manera el que el cielo cogió de sus trabajos. Fue con esto gran religioso y observantísimo de la ley de Dios y de su regla y constituciones. Celosísimo de la observancia de todo ello, amigo de la virtud y enemigo de todo lo que no es esto. Y así se oponía, avisaba y reprendía con caridad y con mucho pecho y valor cristiano a los que en ello faltaban, aunque fuesen los muy principales y prelados, por lo cual le dieron pena algunas veces, como luego diremos. Guardó siempre con mucha puntualidad los ayunos de la Iglesia y de la orden, fue muy templado en el comer y beber, muy casto, muy compuesto y mortificado, y tan mirado en sus obras y palabras, que nunca se le notó la menor descomposición del mundo; y así fue también en todo muy cortés, político y cortesano en su persona, en la celda y en todos los oficios que administraba, y en especial en los eclesiásticos y del culto divino; y así decía la misa con la mayor policía del mundo. Muy caritativo, benigno y piadoso, en tanta manera, que afirmó que nunca había dado pena de propósito a nadie; y con todo eso les parecía a algunos la daba por el buen sentimiento que tenía de la virtud, y de todo lo bueno, y haber sido siempre celosísimo de ello y del bien común.

⁵⁸ El *Arte de la lengua zapoteca* de fray Juan de Córdoba fue publicado en México por la casa de Pedro Balli en 1578.

Fue mucho tiempo prelado y vicario de los conventos y pueblos más principales de la nación zapoteca (a donde siempre vivió), definidor y vicario provincial muchas veces, y provincial de esta provincia, cuyo oficio administró con tanta rectitud y limpieza, que a algunos les pareció era demasíadamente severo, riguroso e intolerable, y por eso le suspendieron del oficio en el capítulo intermedio los que en él tuvieron mano. Cosa que otros sintieron mucho, y en especial los que tenían el mismo dictamen, celo y sentimientos que él, que eran muchos y muy principales, y de la misma manera el virrey don Martín Enríquez que estaba muy enterado de su buen celo y modo de proceder, y así le ofreció su favor para restituirle en su oficio si él quisiese pedir satisfacción de su agravio. Pero él era tan humilde y tan amigo de la paz y quietud de la religión, y en especial de esta su provincia, que quiso antes quedarse agraviado que inquietarla a ella con dar noticia de las imperfecciones de sus hermanos a los tribunales seculares; en lo cual ganó más para con Dios y con los hombres, que si hubiera acabado en paz su provincialato y juntamente fuera general de la orden. Porque con lo que hizo, conocieron todos su grande humildad, virtud y modestia, y lo mucho que había adquirido de la doctrina y virtudes religiosas en que él fue siempre general maestro, y así quedó con mayor crédito y reputación que tenía de antes, y de todos tan reverenciado, que ninguno se osaba descomponer en obras ni palabras a donde quiera que estaba, a lo cual ayudaba también su gran modestia y composición que a todos convida a imitarle.

Siempre vistió lana y nunca lienzo con haber vivido muy enfermo, ni menos trajo zapatos todo el tiempo que fue fraile, sino alpargatas de cordeles como las traían todos los demás religiosos de la misma provincia. Y aunque por falta de ellos los dejaron casi todos los demás, a él nunca le faltaron, y así las trujo hasta que murió. No sabía estar ocioso, sino siempre muy bien ocupado, leyendo, estudiando y orando, y así era muy amigo de la oración y contemplación. Todo el tiempo que tuvo salud y fuerzas fue siempre a maitines a media noche, y después que todo esto le faltó, se levantaba a rezar a las tres de la mañana, y se estaba con esto y con otras oraciones y contemplaciones suyas hasta que amanecía, y se iba a decir misa (la cual decía todos los días), y por muy ocupado que estuviese tuvo siempre por lo menos cada día dos horas de oración. Fue muy devoto de los misterios de nuestro remedio, y en especial de la pasión de Cristo Nuestro Redentor, la cual cantaba todos los años la Semana Santa y todos los días de ella con singular devoción a donde quiera que estaba.

Seis años antes que muriese se recogió al convento de Santo Domingo de Oaxaca (cuyo fundador había sido en compañía del santo

fray Bernardo de Alburquerque, obispo que después fue de aquella ciudad), y cuando entró en él dijo con mucho gozo aquellas palabras del salmo: *Haec estrequies mea in seculum seculi etc.*⁵⁹ Aquí pasó lo que le restaba de vida con muchas enfermedades diferentes y dolores, de tal manera que ningún hueso dejaba de dolerle, como él confesaba; y con todo eso no faltaba punto a los ejercicios santos que dijimos. Fuele revelado el día de su muerte, y así altercando sobre ello los médicos y religiosos, les dijo que no cuidasen de aquello, porque él moriría sin falta el sábado víspera de la Santísima Trinidad. Y así fue, que habiendo recibido todos los sacramentos, dio su bendita alma a Dios el mismo sábado por la tarde, que fue a los 20 de mayo del año de Cristo 1595. Y fue sepultado en el capítulo del mismo convento, en la sepultura de medio de las tres que están en la peaña del altar, junto a la del santo fray Jordán, que es la primera de las tres, comenzando a contarlas de la parte del evangelio; de modo que vivió noventa y cinco años, y los cincuenta y tres de ellos con el hábito de la orden, y siempre en esta provincia, si no fueron dos años que se tardó en ir a España y volver de ella con frailes. Fue demás que de mediana estatura, enjuto, de buen rostro y calvo.

CAPÍTULO 9

DE CÓMO SE DIVIDIÓ LA PROVINCIA DE MÉXICO EN DOS: EN PROVINCIA DE MÉXICO Y SAN HIPÓLITO DE OAXACA

Gozaban los religiosos en esta Nueva España de una de las mejores, o la mejor y más bien proporcionada provincia que tenía nuestra orden, en la cual había casi setenta casas entre conventos formales y vicarías, divididas en tres naciones, que son la mexicana, mixteca y zapoteca. Cada una de las cuales tenía para su gobierno particular un vicario provincial (excepto la en que se hallaba el provincial que por entonces cesaba su oficio); y todas las casas, en espacio de ciento y veinte leguas de longitud a un lado y otro del camino real, y en el mismo camino que corre de norte a sur de México a Tehuantepec, puestas en tal distancia y proporción que de una se podía ir a comer a otra y a dormir a otra; y en solas dos o tres partes hay, de una a otra, jornada de un día. Con todo eso les pareció a algunos era demasiada provincia, y trataron con el general fray Hipólito María la dividiese, y él lo hizo así. Y finalmente se dividió el año de Cristo 1596, en esta forma: a la

⁵⁹ “Éste es para siempre el lugar de mi reposo...” Salmo 131.